

El cascabel del gato

X.

Tres cosas no deben hacerse por ser en extremo peligrosas, decía el bufón de Francisco 1º: ponerle un cascabel a un gato, provocar los celos de una mujer e incurrir en el odio de un despota.

Constantemente mis partidarios de 1879 habíamos observado la parte final de esta máxima: eran enemigos declarados del Sr. Díaz, pero enemigos pacíficos, de esos que circulan en las calles de Plateros, conspirando y cobrando sueldo los unos, conspirando y queriendo cobrar sueldo los otros.

Así, cuando en ese año sangriento de 1879 se trató de llevar a la práctica lo que había sido hasta entonces una teoría revolucionaria, los instigadores del

movimiento querían permanecer en la sombra, empujando desde ella hacia las bayonetas porfiristas a los infelices a quienes se llama gráficamente carne de cañón. Cuando los Pres. Romero Rubio, Baranda y Gochicoa me escribían apareciendo como los jefes de una conspiración por estallar, creí que ellos la encabezarían, si no militarmente, sí asumiendo la responsabilidad política para con ello dar prestigio a la restauración; ¡cuál no sería, pues, mi sorpresa al recibir los pormenores de esa conspiración! y cuál no mi furor y sentimiento, de su trágico desenlace!

El día 1º de junio, a las nueve de la noche, se reunían en la casa del Sr. Romero Rubio las personas siguientes: Manuel Periche, Gochicoa, Pancho Mejía, Agustín González, Hernández y Hernández, Francisco y Telesforo Barroso, Villada y un señor gordo, de Chihuahua, de cuyo nombre no puedo acordarme. J. José Bar pretextó diplomáticamente su indisposición

para no asistir, y algunos otros lealistas se excusaron como mejor pudieron. Presidía la junta el Sr. Román Rubio. Después de una ligera perorata en la que campeaban los más lisonjeros conceptos de mi personalidad, el orador manifestó la conveniencia de una revolución y expuso los medios para consumarla. Estos eran sencillísimos, casi infantiles, en el criterio del Señor Román Rubio; apoderarse de uno ó dos cuarteles, sublevarlos y marchar sobre Palacio, aprehender al Sr. Díaz y sus ministros y colgarlos de los balcones. Concluyó su arenga con estas terribles palabras:

- ¿Y quienes más aptos para consumir ese hecho glorioso que los dos bizarros militares que me escuchan, el temerario General Pedro Baranda y el no menos valeroso Coronel Vicente Villada?

Los favorecidos declinaron inmediatamente de esa distinción: el Sr. Baranda estuvo oportuno al replicar que para dar un golpe semejante, debían emplearse jóvenes sedientos de gloria, dejando a los viejos al cuidado de dirigir las operaciones entre bastidores. Finalmente propuso que, como ballon d'essai se hiciera el golpe en Veracruz.

El Sr. Manuel Peniche pidió la palabra para introducir entre los conjurados al joven yucateco Sr. Albert Hernández, partidario ardiente de la restauración. Era éste un joven de 30 años, moreno, melancólico de aspecto, soñador por temperamento como todos los yucatecos, gustaba de la política más que de cualquiera otra ciencia. Decían los murmuradores que el Sr. Albert era hijo natural de Manuel Peniche; créalo yo, porque había algunos rasgos de semejanza entre el padre y el hijo.

"Esta clase de jóvenes necesita la Patria" - dijo el Dr. Baranda - presentándole Verdad: ella, esa Patria, tenía y tiene necesidad de esa clase de neófitos, de ese género de prosélitos que ven en la política un apostotado y en el apostotado un martirio. Albert Hernández en aquella concavidad de viejos carrompitos, sólo vio venerables sacerdotes, oficiando por la causa de la libertad. De ver aquellos corazones gangrenados por el odio, la avaricia y el egoísmo, el joven yucateco habría reprobado 'horrorizado'. Cuán cierto es que la atmósfera que se respira influye en la lucidez del pensamiento! A otro espíritu menos levantado y novelesco pero más práctico, se le habría ocurrido reflexionar: - "Si estos señores tienen la persuasión del triunfo; ¿por qué no me acompañan, los más expertos, para hacerlo defacto, un hecho infalible?"

10

A veces pienso, la responsabilidad histórica será más grave para los que empujaron a las víctimas hacia el matadero, que para los verdugos mismos, porque la sangre de la Siniestra noche del 24 de junio, salpica de un modo indelible, así a Ferán y a Porfirio Díaz como a Román Rubio y compañía. No existe jurisprudencia humana ni divina que absuelva a los unos y condene a los otros, si no hubo crímenes, como se esforzaron en probarlo los apolo- gistas del 24 de junio, entonces los únicos culpables son los instigadores... Del conciliábulo a que me he referido, el Dr. Albert Hernández salió intoxicado de entusiasmo, según lo que había oído y se le había dicho el asegurado, todos los cuerpos de la guarnición de Veracruz se sublevarían cuando él se pusiera en contacto con la oficialidad; el populacho se uniría

a los sublevados; y en menos tiempo que un gallo canta, el triunfo más glorioso coronaría sus esfuerzos.

Los conspiradores, si tal nombre puede darse a una reunión de vergonzantes burócratas - ardían en fuego revolucionario, pero ninguno osaba declararse enemigo abierto del Dictador. Todos querían sacar la castaña con la mano del gato, y el más ansioso por devorarla parecía el Sr. Román Rubio. Pero exponerse ellos al peligro, eso no; ¿acaso no estaban todos cargados de años y de familia? El único solterón era y continúa siendo el Sr. Baranda; pero el Sr. Baranda no es prodigo de su vida; ¿qué digo prodigo! - es sorprendentemente avaro de ella. Y si el general campechano es medroso como una mujer al solo olor de la pólvora, el Coronel Killada es un valiente al revés, dice que nunca carga una

arma temeroso de matar al primero que encuentre en una calle. Es un militar que en vez de poner la oreja, como Cristo, al oído de un enemigo, suele poner la espalda y la parte donde Saúcho solía recibir los - Amicutos. Gochicoa! Peniche! ... los Barroso! Todos querían alimentarse con sangre a semejanza del Ham d'Ysland de Víctor Hugo, pero beberla dulcemente mezclada con el chocolate del presupuesto Ellos permanecerían muy quietecitos en sus casas, leyendo los periódicos de la mañana al suave calor de las sábanas, mientras tanto, allá abajo, en Teracour, un grupo de hombres de corazón morían lentamente asesinados como perros rabiosos

Cuando se propuso al Gral. Alatorre que acaudillara el movimiento, él declinó la honra juzgando el proyecto como insensato en aquellos

momentos, y más aún no habiendo una
previa ramificación en los Estados. Y
dienta oferta se hizo al Gral. Negrete,
y no obstante que este señor fue -
esta muy poco en las consecuencias
de un acto primo, también rechazó
la peligrosa distinción con que
se le honrara. Por fin, desesperaban de
encontrar dóciles instrumentos, cuando
la desgracia se los ofreció tales
como los querían, y leales como los
marinos Rodríguez y Capmany, va-
lientes como Cebeto e' Stuart, inex-
pertos como Albert Hernández.....

El día 22 de Junio de 1879, el
joven Dr. Albert Hernández salía
de México con rumbo al puerto
de Veracruz; un mozo del Sr. Romero
Rubio llevó su equipaje a la estación
y en coche cerrado fueron a acom-
pañar Manuel Pepicho y Francisco
de Paula Gochicoa.

Era entonces Ministro de la Guerra el
Gral. D. Manuel González y comensaba a
ser amigo del Ministro Ferrera época
don Pedro Baranda. Nada hay aquí de
censurable para este último; bien podría
ser amigo en lo privado de aquel
y seguir en la profesión de sus
doctrinas políticas. El Sr. Baranda tenía
el derecho de ser lealista, pero no lo
tenía para ser a la vez un gonzalista.
¿Procedió como un delator? No
quiero creerlo; pero don Pedro, al entrar
González a la Presidencia, fue nom-
brado Benador, después Jefe de una
Zona y últimamente Jefe de
hombres. Para las gentes malvadas
cabe aquí la hipótesis de una
traición. Pero según mi juicio sólo es
el resultado de una indiscreción.....

El Sr. Coronel Villada, otro de los miem-
bros activos del complot, estaba en
una situación de relativa miseria,

días antes del 25 de Junio; después de esa fecha terrible, es decir, a mediados de Julio, el Sr. Coronel Villada había invertido más de tres mil pesos en mejorar su imprenta, había pagado todas sus deudas, y por último, levantado la hipoteca de cinco mil pesos que gravitara sobre la casa de su suegro. Provenía esa riqueza inesperada del pago de una delación, ó fue simplemente el resultado de una especulación financiera? Se le vio a él también en la casa del General González dos días antes de la tragedia de Veracruz.....

Oficialmente y con posterioridad, se ha reconocido como delator al Sr. D. Julio H. González; pero este Señor me escribió a Nueva York diciéndome que él no había hecho más de confirmar lo que aquellos habían revelado en presencia de Balandrano y del Gral. González.

Yo no pongo ni quito traidor: dejo a mis lectores que con su sano criterio, ajenos de todo odio político, condenen ó absuelvan de toda culpa a esos tres desdichados: el uno ha muerto ya triunfado por los remordimientos, los otros están ahora en el apogeo de la privanza, aunque mutilados físicamente. El Sr. Villada tiene el bigado ulcerado y loca a su anciana esposa; y el Sr. Baranda sufre los mortales fatigazos de la gota.....

Veracruz es una ciudad muy poco hospitalaria: sea por su población flotante, que de continuo se renueva, sea por el carácter especial de los veracruzanos, el caso es que la gente es inhospitalaria. Cuando se encuentra a un amigo fuera en las calles de Veracruz, le ofrecen calurosamente su casa,

sus servicios, el oro y el moro finalmente. Agotada toda la retórica veracruzana, concluyen por decirle á uno políticamente: - "El Hotel fulano es delicioso; ¡qué frescura de habitaciones! ¡qué baratura de precios! - De aquí que el Dr. Hernández parecía conocer al dedillo á mis paisanos se dirigiera resueltamente á la casa de su amigo y condiscípulo el Dr. Barbachano apenas descendiera del tren. Se fue derecho al bulto y le dijo: "Me has ofrecido tu casa, y pero no quiero abusar de esa oferta: venga á vivir unos días á ella porque no me conviene posar en un hotel; pero ha de ser con la condición (sin ofenderte) de que aceptarás un precio." Después de una suave violencia, Barbachano convino en la proposición y Albert quedó instalado en la casa como miembro de la familia.

Narios telegramas cifrados habían precedido al infortunado Dr. Hernández. ¿Cuál era el contenido de esos despachos, precedentes unos del Ministerio de la Guerra y otros de la Presidencia? El enviado del comité lealista en la confianza de la juventud abandonó toda prudencia: fue á visitar en pleno día y á bordo de su barco el marino Capmany; brindó públicamente á mi salud en el restaurant de un hotel; cometió, por fin, otras muchachadas del mismo jaez, y las cuales ponían de manifiesto lo inofensivo de su carácter. Un Sr. Rojas y Enriquez le seguía la pista en calidad de esbirro de Ferrán; el Dr. Barbachano le delató ante el Gobierno, violando las sagradas leyes de la hospitalidad. ¿Porqué no se le aprehendió durante el día 24 desbaratando así la más platónica de las peticiones?

Hay que leer el capítulo si-
guiente, para conocer en toda su
desnudez el crimen monstruoso
del 25 de junio.

El Hombre. - El Crimen

Awake! awake!
Ring the alarm bell:
Murder and treason!
Macbeth - Act. 2^a 1^o

XI

Balaceando el cuerpo, colgantes
los brazos é inclinada la cabeza, así
anda huir Moier y Ferán. Su estatura es
elevada, pero más carnosa que musculosa;
la cara les llena, energética, viril; la
mirada es bondadosa, franca, recta. Es
una de esas fisonomías que carecen de
juego escénico: nada oculta ni disimula.
Se ven cruzar sus pensamientos, al
través de su frente, como al través
de ciertas aguas se ve la ondulación
de los peces. Por desgracia las ideas
no deben ser muy abundantes en ese
cerebro: las paredes del cráneo, que
por lo común se estrechan al descender